Prisma (2005)
Claudio Caldini

Intercambios

La traducción crea siempre un lazo; y lo crea produciendo pasajes entre las lenguas, acogiendo la palabra del otro en el seno del lenguaje "propio". Los trabajos reunidos en esta sección dan cuenta de ese lazo que la Maestría en Escritura Creativa de la UNTREF sostiene con el Programa de Creación Literaria de la Universidad de París 8 y cuyos signos se pueden leer tanto en los números anteriores de Aquilea como en la revista FRACAS, producida en esa institución francesa. A continuación, se publica una nueva serie de textos literarios escritos por autores franceses y vertidos al español por autores argentinos.

DESPLAZAMIENTO DEL TERRITORIO

Yasmine El Amri

Es como un sueño que ella tiene: un verano que le gustaría pasar en una Francia vacía de sus habitantes. Poblada sólo por salvajes. La única de su raza. Si me habla de una Francia y no de un mundo es porque no puede imaginar lo que habría más allá de las fronteras que nunca cruzó. En esta historia que propone, el terreno ya está algo preparado. En el fondo, hay un paisaje de naturaleza encerrada, pero algunos calcos se asoman a su realidad. A contraluz, ve las facilidades que sus semejantes, ya extinguidos, han inventado. Con un plan de trabajo por delante, se prepara para barrer todo este desorden. Duplica a Francia, se proyecta en el espacio y pone en marcha su epopeya.

La ambientación comienza en una metrópolis de piedra rosa oscuro. Ella recorre la ciudad a caballo y las calles ya no son más que el vacío que queda entre los bloques. Los escaparates están apagados y los compradores ausentes. Los bulevares, patios y callejones ya no tienen nombre. Hay poca información sobre la época en la que se encuentra y apenas hay mobiliario urbano: cada tanto, algún que otro banco solamente. No hay vehículos ni veredas que dicten su marcha o impidan su trayectoria; avanza en lo que queda de la ciudad sin rozar las paredes, pasando entre los edificios. Con el mentón alto y los hombros orgullosos, pasa la mirada por todas las fachadas que hay que derribar. Se podría pensar que está deambulando, que su objetivo es sólo pasear, pero no está allí para acariciar la ciudad en la superficie, sino para arrancar la costra seca de la herida que dejó su especie. Libera los cimientos del peso

que soportan, pronuncia la sentencia sin ningún juicio. La ciudad se queda en silencio. Un silencio incluso más ligero que el que se ha escondido en la naturaleza hasta ahora. Con sus uñas libera la tierra, pero en lugar de ponerla en reposo, le da inmediatamente un barniz de naturaleza.

En una plaza, de la que parten ocho avenidas rectas, una aguja monumental enmarcada por ferrovías queda atrapada en una red de cables aéreos. Ella la desenreda con la mirada. A medida que los cables se desenrollan, dan tanto impulso a la flecha que finalmente esta se rompe por su velocidad. Alrededor del podio, hay varios elementos de ocio. En el costado de la naturaleza: las hierbas están dispuestas en ramilletes dentro de un círculo de canteros. En el costado de la bienvenida, hay flores domésticas ultracoloridas que cuelgan de las farolas. La ciudad está en flor. Ella borra los calcos ornamentales; el espectáculo ha terminado. Recorta la plaza, empezando por las baldosas, se ocupa de las alcantarillas antes de clavar los postes en el suelo como si fueran clavos. En la misma zancada, con un movimiento fluido del brazo, desentierra un río. Una estatua sin gracia parece querer resistirse, pero se rinde al darse cuenta de su poder. Ella termina de limpiar la urbanización con los dedos y mete la ciudad en su vientre. La aventura ha comenzado, es el principio del verano, sale a desplazar el territorio.

Raspa las autopistas como si fueran placas de cera y desmonta sus rampas. Con su montura, derriba ciudades como si nunca hubieran existido. Es un poco mágica. A su paso, las fachadas caen como hojas. En otoño, casi todos los edificios implosionarán sin dejar ruinas. Sin embargo, esta magia tiene sus límites: en la Francia que está revistiendo de naturaleza, dejaría el legado de algunas de sus obras de arte favoritas,

como viaductos, túneles ferroviarios y algunos canales, entre ellos el de Midi, porque le gusta. Otros proyectos de su agrado perdurarían más que ella. No quitaría los pinos de las Landas de Gascuña, aunque sean artificiales, sino que arrasaría con la A63 que los cruza y restablecería el corredor. En lugar de desmontar la Torre Eiffel, la decoraría con una glicina, y luego subiría para adornar sus hierros con musgo y líquenes.

Desde la cima de una montaña, observa una forma turquesa sostenida en un abanico de hormigón. Para ofrecer un espectáculo a sus ojos, protegida en las alturas, rompe el abanico. Al mismo tiempo, todas las represas de Francia colapsan a la vez. En sus torrentes, las masas de agua perturban las centrales eléctricas y rompen sus chimeneas. Los embalses se vacían en minutos y se llevan a su paso todo el armazón que los había mantenido quietos. El paisaje se seca con un depósito de arena donde solía estar el antiguo lago. Apenas tiene tiempo de terminar su peinado antes de que el promontorio se derrumbe por el esfuerzo. Se unta las trenzas con savia y corre colina abajo a toda velocidad.

Listo: el territorio está limpio, Francia está derrotada y ya es el final del verano. Ella se tumba en el césped y se deja llevar por la pereza. Toda su existencia está hecha de bayas, sombras y ríos. Se baña en lo que queda de los cráteres y silba el paso del tiempo en su camino. Para su última aventura con la naturaleza, se adentra en un espeso bosque. Las zarzas acarician sus muslos como si prepararan su carne para lo que viene después. Con la piel fresca, se acuesta a dormir sobre un hermoso colchón de hierba y besa por última vez el hueco de su codo.

Traducción de Facundo Martín Pallero

HERMANITA

Léo le Diouron

todo descansa en vos,
todo brota de vos,
tejido invisible
que hace de nosotros un cosmos
toma la energía de tus manos,
nos tocás, uno por uno,
casi nunca juntos
pero habitamos
a pesar de nosotros y para siempre
un sistema que te pertenece.

sos la salida y vas a ser la llegada.
nosotros cuatro corremos con vos
persiguiendo tu risa,
al acecho de tus lágrimas,
hasta nuestras sangres distintas
fluyen en igual sentido.
tu madre y mi padre ahora,
después de otros amores
se encuentran
hacen de nosotros tus hermanos
hacen de vos nuestra hermana.

Nadie podrá protegerte.
Por mucho que luchemos,
Por mucho que intentemos:
Vas a caerte con frecuencia,

Vas a llorar, tal vez.
Pero si toda tu fuerza no puede quedar contenida
En tu cuerpo tan menudo
Te ofrecemos nuestros brazos, piernas, pulmones
Para recibirla y conservarla;
Te será devuelta multiplicada.

Cuando las ramas del árbol se desvíen
Y atraviesen el techo hacia otros cielos
El tejido visible
De nuestros puños ceñidos por con una pulsera azul
Será nuestra brújula,
Y podrá recordarnos
Que todos los caminos conducen al sol
Siempre que sepamos
Que vos lo escondiste
En medio de tu corazón, hermana mía.

Traducción de Pola Codina,
Lucía Dorin, Verónica Ortega Álvarez
y Facundo Martín Pallero

LAS MADRES ALFARERAS

Eva Bouillon

La palma se apoya firme sobre la carne blanda
carne dócil
indeterminada
ahí donde nada está escrito todavía

El bebé calla

Ella lo cubre constantemente de aspiraciones invisibles
y traza con sus largas uñas
una hendidura profunda

El bebé calla

El dorso de su mano
sus dedos gorditos
tienen el aspecto dulce y armónico
de las caricias tiernas
pacientes y amantes

En la cavidad de su mano su piel
está tensada como un cuero virgen
barquito de ternuras olvidadas
desconocidas
por superfluas

“Esto es por tu bien”, dice ella

El bebé calla
Los llantos son inútiles
Con sus manos hechas para amar
redondea el pubis
y susurra que a ellos les gusta

Después
abre con cuidado
despacio
profundamente
con sus dos dedos
dos agujeros
dos agujeros en lo bajo de su espalda
dos agujeros que contestan que eso les gusta

Ella modela firmemente los brazos
con sus pulgares vigorosos y delicados
ni muy fuertes ni muy definidos
los mismos brazos de sus hermanas

Después viene el kochi de Ma Nsimba,
en la cabeza, atrás
donde la protuberancia inquieta

Aquí
sobre esta cabeza frágil
sus manos protegen más
protegen mucho

Sus dedos sobre la frente
jamás besada

pero tan amplia como para reflejar su rostro
y este rostro
estos rasgos que ella dice suyos
son la única condición de su amor

Es porque lo ama al verse.

Traducción de Pola Codina

PRESTE ATENCIÓN AL ESPACIO ENTRE LA PUERTA Y EL ANDÉN

Céline Bagault

Hay un tipo que canta. Hay un tipo que canta por encima del podcast que ella escucha con los auriculares y eso le molesta. Ya no le presta atención a la masa caliente y húmeda de gente que se amontona a su alrededor. Son solo cuerpos, nunca otra cosa. Cuerpos con una historia, la de un jefe insoportable, la de unos jóvenes escandalosos, la de unas compras por hacer. Pero la música que suena por encima de sus auriculares es la intrusión que derramó el vaso. En sus oídos, en su cabeza, en este espacio virtual en el que ella se eleva, justamente, por encima de los cuerpos. Con la mano izquierda hurga en el bolsillo de su suéter y pulsa varias veces el botón del volumen sobre el costado de su celular. No sirve de nada, ya está al máximo. De golpe, se arranca los auriculares y los enrolla nerviosamente en torno a la pantalla rectangular. El tipo que canta ha ganado. Ella, crispada, escucha. Sea como sea, nadie verá la mala cara que pone detrás del papel azul claro extendido sobre su cara gracias a dos elásticas, cada una abrazando una oreja. La única ventaja de usar tapabocas es ésta, poder retraerse. El rostro impasible en cualquier circunstancia. El semianonimato. En esto piensa cuando el tren emerge súbitamente de la tierra y un rayo que los vidrios mugrientos apenas logran filtrar la ciega. Una intrusión más, se dice, antes de esbozar un asomo de sonrisa, riéndose secretamente de la caricatura del mal humor que sin duda encarna esta mañana. El tipo que canta se da cuenta, probablemente porque ha percibido la relajación de esa arruga en la frente, el descenso

de las cejas, y ahora canta solo para ella, adherido a sus ojos. Mala estrategia. Ella no es de las que se dejarían seducir por un tipo sólo porque tiene linda voz. Y mucho menos un lunes por la mañana.

El tren ingresa a la estación, las puertas se abren. Ella se adhiere al pequeño grupo de personas que intentan salir al andén antes de que termine el pitido continuo. El tipo que canta la mira salir. Lo siente en la espalda. No lo ve, pero lo siente. O al menos su ego quisiera creer eso. Las escaleras mecánicas están cerca del vagón delantero del tren. La Salida 1 es la que lleva al medio de la plaza frente al gran café de toldos rojos y dorados donde alguien la espera. Hay mucha gente, la fila que lleva a la escalera avanza como el bamboleo lento de una caravana de elefantes extenuados. Para pasar los pocos minutos que la separan del aire libre, vuelve a evadirse buscando algo que la entretenga. Ahí está. Se queda mirando fijo una pequeña pantalla que está a lo lejos. La pantalla transmite en directo la grabación de la cámara de seguridad del andén. Ella hace lo que haría cualquiera, buscarse a sí misma hasta encontrar entre la muchedumbre su pequeña figura única: jean negro, chaleco de cuero, pelo recogido, tapabocas de papel color claro, mochila. Es ella. Se ve a sí misma acercándose lentamente y le complace el bajo perfil de su atuendo de esta mañana. Por diversión levanta el brazo izquierdo, una vez. Con un segundo de desfase, su doble televisada levanta el mismo brazo. Da un paso al lado y la imagen lo reproduce de manera idéntica, con un leve retraso. La pequeña danza dura aún unos instantes. Ella gira la cabeza a izquierda y derecha, preguntándose si alguien la juzga. Sus vecinos inmediatos tienen la mirada perdida en la escalera mecánica, nadie se da cuenta de su pequeño juego.

Quedan solo unos metros para llegar a los escalones. El monitor le devuelve un close-up de su propia imagen. Está lo suficientemente cerca como para notar que un mechón de pelo se ha rebelado, que hay que volver a atarlo. Entonces levanta maquinalmente las manos hacia la cabeza para ajustar su cola de caballo separándola en dos. Pasa un segundo en el que espera ver los mismos gestos repetidos en la pantalla a color. Su doble no hace nada. Es más, la figura televisada se quita la mochila y empieza a hurgar en ella mientras la suya, la real, sigue firmemente colgada de sus hombros. Horror. Instintivamente, se palpa la frente y el tapabocas para desligar el sueño de la realidad. Pero su doble no palpa ninguna frente y sigue hurgando en su mochila, imperturbable. Este espejo la deforma. Esa figura en todo idéntica a ella no es ella. Así que se da vuelta en busca de los ojos de la persona que origina esas imágenes. A su alrededor sigue estando la misma gente aturdida que no se le parece en nada. O que se le parece toda un poco, al menos en un detalle, sea en el tapabocas azul, el jean negro o la mochila. Pero ninguno se ajusta perfectamente a su descripción. Lanza una última mirada a la pantalla antes de quedar engullida por los escalones metálicos. Otra vez la misma figura, esta vez en primer plano. Alza los ojos hacia la imagen y, casi enseguida, la imagen hace lo mismo. Con los ojos virtuales clavados en los suyos, sube las escaleras y escapa de la estación.

Traducción de Verónica Ortega Álvarez

SUBTUS

Alba Borja Pagán

Se arrastran, en el subsuelo. Acá y allá encuentran cosas para comer y entonces se detienen un momento, desconcertados, se ponen de pie, y así pueden ver un poco más lejos, una perspectiva más amplia mezclada con aromas nuevos, que vienen del pseudo alimento que encontraron y del aire congestionado que circula en las galerías. Es a la vez es más pesado y más liviano, perdió la coherencia compacta de los olores que vienen de más abajo, que emanan de un nivel inferior y que se perciben al atravesar el espacio pegados al piso. Los ritmos circadianos se perdieron hace tiempo. La luz ya no significa gran cosa, y llega de todas partes, no sigue ningún programa. Se enciende a veces del lado derecho, rápidamente, o del lado izquierdo, con un ruido violento que hace mover todo el aparato intestinal donde se concentran los pedazos grisáceos que encontraron en el piso. A veces desfila por destellos, interrumpida por oscuridades tajantes. Si la luz se volvió absurda, la oscuridad se despliega con tantas variables y llega a tales profundidades, a tantos sentidos por descifrar, que se impone como una única realidad. Ahora adoran esa oscuridad, es su reino, lo conocen por completo, lo han entendido gracias a la experiencia, a las sensaciones, a los olores; entendieron sus vibraciones y sus chirridos, y ahí se sienten seguros. Solo necesitaron estar en comunión con su medio, así aprendieron, se mezclaron a los olores —son los mismos que impregnan su pelaje— y a los sonidos —sus voces son chirridos— y a los colores sombríos que los iluminan, se volvieron a la vez materia y consciencia de ese paisaje. Pero

tuvieron que comulgar con el lugar a la fuerza. Al principio solo se vieron lanzados dentro de una oscuridad indescifrable, sin matices, imposible de diferenciar; la rechazaban, esa oscuridad donde apenas lograban sobrevivir, donde el miedo no los dejaba entender nada, y luego a ese miedo le siguieron sombras mejor definidas, formas que se perfilaban, olores que se esparcían y al asistir a toda esta riqueza, empezaron a quererla, a entenderla, a querer ser como ella, y para ella, y a ser parte de ella. No se morían más, porque ya no tenían temor, y empezaron a multiplicarse y a pertenecer al paisaje. Se arrastran allí, nunca solos, nunca juntos, y empiezan a entender también que, un poco más arriba, podrían tal vez también mezclarse con la luz, algún día, cuando ya no le tengan miedo.

*

Un día llegué yo, los seguí y me dejaron hacer, pienso que no tenían nada que temer, porque hay comida suficiente para todos, incluso hay demasiado para comer, ninguno de nosotros se va a morir de hambre acá porque encontramos comida por todas partes. Nunca había visto tanta comida de este tipo, al principio no sabía qué era y no me acerqué hasta que vi a uno de ellos agarrarla y llevársela a la boca, tragarla sin problema, incluso demasiado rápido y con cierto placer que logré percibir. Hacía varios días que no había podido comer y al ver esa imagen algo cambió en mí y me vi lanzarme sobre el pedazo de comida más cercano para tragarlo también. Lo primero que sentí fue la capa de polvo que rodeaba a ese pedazo. Digo que es un pedazo porque acá no encontramos nada entero, son siempre trozos de algo, alimentos que antes pertenecieron a un conjunto que se mantenía bien unido,

sólido, pero que al llegar acá fueron cortados, mezclados con otros fragmentos que también tuvieron antes todo un pasado. Después de la capa de polvo, un olor ácido y dulce, una textura granulosa, y por debajo, un poco de líquido que le daba finalmente su sabor al trozo, que cayó directamente a mi estómago, pesado como una piedra, con dolor, pero también con la promesa de aguantar algunos días más. Ese día empecé a comer como ellos, y mis ojos se abrieron a las montañas de alimento gris que nos rodeaba, estaba contento de saber que iba a seguir viviendo gracias a esas montañas y a todo ese excedente, pero necesité tiempo para que mi estómago se acostumbrara y mis recuerdos de las cosas completas, de los colores que antes metía en mi boca se difuminaran, y para que al fin pudiera sentir algún placer con los pedazos grisáceos. Pero ese momento llegó y me sentí en comunión con ellos y con mi entorno ya que sabía que comíamos todos los mismos pedazos que tenían el mismo gusto y sobre los cuales nuestras patas se movían de un lado al otro, todo el tiempo. Pedazos que eran a la vez alimento y paisaje.

Traducción de Lucía Dorin